

Sixteenth Sunday in Ordinary Time, Cycle B
July 21, 2024

Ha sido muy bueno vivir el Congreso Eucarístico esta semana, sobre todo porque hemos recorrido estos últimos días con nuestros catequistas de la Santísima Trinidad y también con varios de nuestros jóvenes.

Buenos altavoces... Buenas liturgias... Y tantos fieles católicos, decenas de miles en total, todos rezando y experimentando la Eucaristía juntos. ¡Notable! Una gran bendición, sin duda.

Esperamos compartir más reflexiones sobre este evento único en la vida en el boletín de la próxima semana. En definitiva, ¡un evento maravilloso! Más por venir.

Y ahora la más breve de las reflexiones sobre tres de las lecturas de hoy: nuestra lectura del Antiguo Testamento del profeta Jeremías; Salmo 23, nuestro salmo responsorial; y nuestra lectura del Evangelio de Marcos emplean una metáfora que habría sido reconocida instantáneamente por el pueblo judío de la época de Jesús. De hecho, las Escrituras judías a menudo se referían a Israel como un rebaño de ovejas, un rebaño de ovejas que dependía completamente de la protección y guía de un pastor bueno y fiel.

A primera vista, esta imagen de ovejas necesitadas de un pastor puede parecer que tiene poco que ver con un evento como el Congreso Eucarístico. Después de todo, pocas metáforas son lo suficientemente poderosas como para mantener su relevancia a lo largo de varios milenios. Estén atentos, sin embargo, pero por un momento. La conexión está ahí, y – como veremos – está aquí entre nosotros también. Primero nuestras lecturas...

El profeta Jeremías vivió en Israel durante una época peligrosa, los siglos VII y VI a.C. Predicó en contra de los líderes corruptos y complacientes de Israel y sufrió mucho por ello. No terminó bien para Jeremías. Pero aquí está la cosa. Tenía razón en lo que dijo. Jeremías tenía razón. Jerusalén pronto sería conquistada, y la élite de Israel sería llevada al cautiverio en Babilonia.

Sin embargo, esto es lo que es tan notable acerca de la lectura de hoy de Jeremías. Dios está tan decepcionado de los pastores de Israel que promete algo que debe haber sido inimaginable -una blasfemia, de hecho- a la audiencia de Jeremías: "*Yo mismo*", dice Dios,

"reuniré al resto de mi rebaño de todas las tierras a las que han sido expulsados y lo llevaré de vuelta a su prado." Yo mismo", un voto que se cumpliría en la Encarnación de Nuestro Señor Jesús.

Esta promesa de asumir personalmente el papel del Buen Pastor se hace eco en nuestro salmo responsorial, el Salmo 23: *"El Señor es mi pastor, nada me faltará. En verdes pastos, él me da reposo."*

Y en nuestra lectura del Evangelio, Jesús mismo busca el descanso, el reposo, para sí mismo y para sus discípulos. Pero en cambio, se ve asediado por una multitud de buscadores desesperados que buscan una buena palabra sobre el amor del Padre o una curación, tal vez, para ellos mismos o para un ser querido. Recordando al profeta Jeremías, Jesús señala que eran *"como ovejas sin pastor"*. Entonces, ¿qué hace Jesús? Asume el papel del Buen Pastor, por supuesto, guiándolos a *"pastos verdes"*. Sí, *"comenzó a enseñarles muchas cosas."*

Entonces, ¿qué tiene que ver esta poderosa metáfora sobre las ovejas y los pastores con la Eucaristía? Todo, de hecho... Consideremos el final del Evangelio de Juan. El Señor resucitado se encuentra por última vez con sus discípulos a orillas del lago de Galilea. Allí entabla una conversación extraordinaria con Pedro, que -como todos sabemos- lo había negado tres veces: *«Cuando terminaron de desayunar, Jesús dijo a Simón Pedro: 'Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?' Pedro respondió: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos". Entonces Jesús le dijo por segunda vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro respondió de nuevo: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas". Él le dijo por tercera vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro estaba angustiado porque le había dicho por tercera vez: '¿Me amas?', y él le dijo: 'Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero'. Jesús le dijo: 'Apacienta mis ovejas'".*

Pedro, por supuesto, representa a la Iglesia, y es a la Iglesia a la que llegamos a ser alimentados con el mismo pan de vida, la Eucaristía, que volveremos a experimentar dentro de unos momentos. ¡Buen pastor, en verdad!